

CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

RASPUTÍN

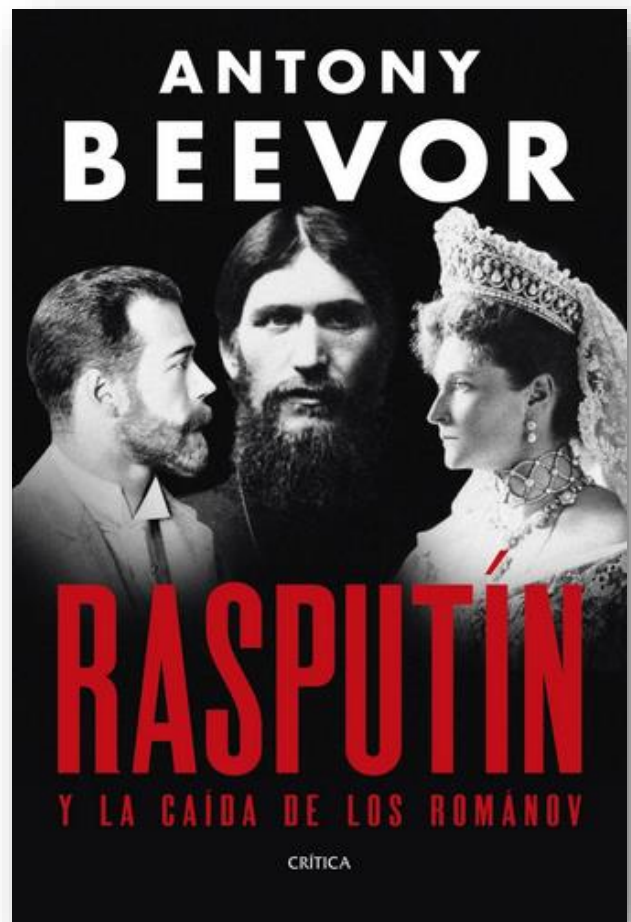
Y LA CAÍDA DE LOS ROMÁNOV

Beevor regresa con una obra monumental que ya ha recibido las alabanzas de la crítica internacional. A través de una investigación sin precedentes que incluye los diarios secretos de la corte y archivos de la policía zarista, Beevor nos sumerge en una Rusia al borde del abismo y traza no sólo el retrato de un hombre magnético y destructivo, sino la crónica definitiva de la degradación moral de los Románov.

**MATERIAL EMBARGADO
HASTA EL 13 DE MAYO**

PARA AMPLIAR INFORMACIÓN:

Laura Fabregat (Responsable de
Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es



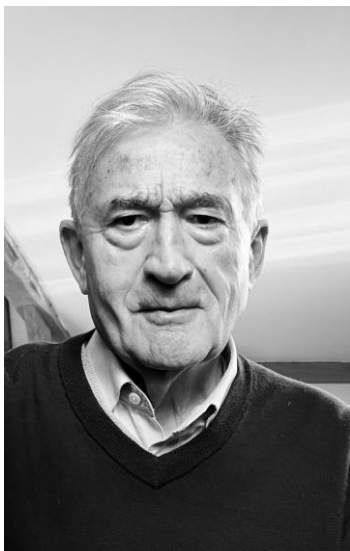
SINOPSIS

Cuando la emperatriz viuda de Rusia estaba embarazada del futuro zar, tuvo un sueño que marcaría el resto de sus días: su hijo moriría a manos de un campesino. ¿Se cumpliría esa profecía con la llegada a la corte de Grigori Rasputín, un enigmático monje apenas alfabetizado, procedente de Siberia?

En este retrato extraordinario, Antony Beevor nos acerca como nunca antes a la escandalosa vida y muerte de Rasputín. Aunque nunca ocupó un cargo oficial en la corte, ejerció una influencia decisiva sobre los Romanov y protagonizó episodios de corrupción política y financiera y numerosos escándalos sexuales. Las consecuencias de los rumores y las teorías conspirativas a su alrededor propiciaron tal desafección hacia la corte del zar que, cuando estalló la Revolución de febrero de 1917, casi nadie alzó una espada en su defensa.

A través de informes, entrevistas e interrogatorios inéditos, Beevor revela la verdad tras la leyenda de Rasputín: las motivaciones de su oportunismo político, su profunda hipocresía y la lujuria desenfrenada. Entre un thriller político y un misterio gótico, esta biografía revela una historia fascinante de perversión humana y caída de imperios.

EL AUTOR



ANTONY BEEVOR, educado en Winchester y Sandhurst, fue oficial regular del ejército británico. Abandonó el ejército tras cinco años de servicio y se trasladó a París, donde escribió su primera novela. Sus ensayos, traducidos a más de treinta idiomas y publicados en castellano por Crítica, han sido galardonados con varios premios, especialmente *Stalingrado* (2000), merecedor del Samuel Johnson Prize, el Wolfson History Prize y el Hawthornden Prize, y *Berlín. La caída: 1945* (2002), que han conocido una docena de ediciones en castellano. Otras obras del autor son *La batalla de Creta* (2002), ganadora del Runciman Prize, *París después de la liberación (1944-1949)* (2003), *El misterio de Olga Chejova* (2004), *La guerra civil española* (2005), *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945* (2006), *El Día D. La batalla de Normandía* (2009), *Ardenas 1944. La última apuesta de Hitler* (2015), *La batalla por los puentes. Arnhem 1944. La última victoria alemana en la segunda guerra mundial* (2018) y *Rusia. Revolución y guerra civil, 1917-1921* (2022).

EXTRACTOS DE LA OBRA

«La figura de Rasputín me fascina desde hace mucho tiempo, antes incluso de empezar a investigar para mi libro anterior: *Rusia. Revolución y guerra civil*. ¿Cómo diablos un campesino de Siberia, poco más que analfabeto, pudo provocar un efecto tan devastador en el curso de la historia? No tenía ningún cargo oficial. No tenía fuerzas a su mando. Era un monárquico devoto, no un revolucionario. Y, sin embargo, sin pretenderlo, contribuyó más que ninguna otra persona al hundimiento de la mayor autocracia del mundo [...].

Esta imagen de la bala que destruyó el régimen zarista es poderosa, pero también demasiado simplista. Las heridas mortales fueron acumulativas y en realidad ya se habían asestado antes».

«*Rasputín y la caída de los Románov* no es una biografía al uso, aunque como es lógico su espina dorsal es la narración de la relación extraordinaria entre el campesino siberiano y la familia imperial. Esta historia sirve para hacer hincapié en la tierra de nadie que separa la verdad de los mitos, los hechos de las fantasías, que es una parte esencial tanto de la historia de Rasputín como, cada vez más, de nuestro propio presente».

«Según dijo el gran poeta decimonónico Fiódor Tiútchev, no se puede entender Rusia tan solo con la razón. Tampoco a Rasputín. Combinaba la inocencia espiritual con una lascivia extrema; una fe religiosa intensa con un oportunismo cínico; la jactancia con la paranoia; el altruismo innato con la codicia; el conocimiento de sí mismo con la fantasía. Se convenció a sí mismo de que amaba genuinamente a las mujeres, pero en ocasiones las violaba. Todas las paradojas de su carácter, al igual que la asombrosa historia de su vida y su muerte, son un desafío a la lógica convencional».

El joven Rasputín

«La ausencia de registros fiables estimuló luego la invención de numerosos relatos sobre la infancia y la juventud del chico. Nunca tuvo un hermano que muriera, supuestamente, después de que los dos hubieran ido a nadar al río. Y probablemente el relato popular según el cual supo identificar a un ladrón de caballo del pueblo mientras estaba enfermo en la cama también es otro mito, creado a posteriori para fomentar su reputación como adivino».

«Una versión [...] sugiere que la transformación espiritual se produjo después de haber perdido a tres hijos de muy corta edad. El primogénito de Rasputín y Praskovia, un niño, falleció con seis meses. Se dijo que Rasputín, conmocionado por la tragedia, se había marchado a pie hasta el monasterio de Verjoture para solicitar la guía de Makari, un ermitaño famoso. A la postre, después de siete embarazos, solo sobrevivieron tres descendientes».

«Aunque no sabemos si algunas de las visiones y experiencias religiosas de Rasputín fueron fruto de la inanición —como ocurría con muchos místicos—, no cabe duda de que él les daba crédito».

«Aunque Rasputín no eludía el tacto con los hombres, no dio ninguna señal de tender a la homosexualidad. Su sensualidad estaba fijada en las mujeres, así como sus ideas de tentación, pecado y arrepentimiento. La vida era una lucha interior entre el bien y el mal, entre la espiritualidad y los deseos de la carne».

Los nuevos zares en su burbuja

«Durante este período inicial de su matrimonio, la zarina ya fue sintiéndose cada vez más a disgusto en San Petersburgo. En una ciudad donde los grandes de la aristocracia se enorgullecían de expresarse en un francés impecable, la emperatriz, que era anglófona, cometía errores y no pronunciaba a la perfección, razón por la que los nobles se mofaban de ella a sus espaldas».

«Al no ser capaz de controlar el sexo de sus hijos, se esforzó por controlar el acceso a su esposo. La emperatriz, que estaba aislada de la sociedad, empezó a cogerle el gusto al poder».

«Se suponía que la coronación del zar Nicolás y su zarina iba a ser una ocasión de regocijo. El 18 de mayo se organizó un acto en el campo de Jodynka, con la intención de incluir al populacho en general. Se trataba de una extensa zona de instrucción del destacamento militar de Moscú, repleta por lo tanto de trincheras y zanjas de artillería. La oferta de cerveza gratuita y regalos de la coronación (jarras y pañuelos para la cabeza) atrajo a una muchedumbre ingente, de medio millón de personas. No tardó en correrse la voz de que no habría regalos para todos. Estallaron carreras y empujones que degeneraron en una estampida por la que cientos de personas cayeron en las trincheras y se ahogaron o aplastaron por la caída sucesiva de otras personas. Perdieron la vida más de un millar de personas, probablemente incluso más que las recogidas en la cifra oficial: 1.389 [...].

En contra de una advertencia de su primo Sandro, la familia y el séquito imperial acudieron aquella noche a un baile ofrecido por el embajador de Francia. “La radiante sonrisa del rostro del gran duque Serguéi hizo que los asistentes extranjeros concluyeran que los Románov habían perdido por completo la cabeza”, escribió su primo Aleksandr Mijáilovich [...]. Aunque luego visitaron a los heridos y donaron 1.000 rublos a cada familia con un fallecido, la opinión pública no absolvió al zar. Su reinado apenas se había iniciado y ya se lo apodaba “Nicolás el Sanguinario”».

Stárets y charlatanes

«El zar era un joven de una religiosidad muy arraigada, convencido de que casi cualquier suceso respondía necesariamente a la voluntad de Dios. En consecuencia, apenas se mostraba emocionado cuando se asesinaba a un ministro o un gran duque. En cuanto a la zarina, creía, con la pasión de los conversos, que la intensidad de la fe bastaba para hacer milagros. En los salones de “Pedro” (San Petersburgo), el misticismo adoptaba en cambio una forma muy distinta, más cínica y voyeurista. Los grandes se divertían con sesiones de espiritismo, adivinos, mesas giratorias, magia negra y cualquier otro indicio de fenómenos sobrenaturales. Así, en los palacios de San Petersburgo hicieron su aparición *stárets* confundidos, profetas de juicio escaso y charlatanes extravagantes. “En las aristocracias florece en general el chamanismo”, comentó León Trotski con desprecio».

Llegada a San Petersburgo

«La primera etapa de Rasputín en San Petersburgo se limitó en lo general a salones y cenas donde había pocas personas. El campesino siberiano escuchaba intrigado todo lo que podía averiguar sobre las vidas de la nobleza, en particular, las noches desenfundadas en los restaurantes, con orquestas cíngaras».

«La intención de Rasputín en la capital, según dijo, era recaudar dinero para construir una iglesia nueva en el pueblo. Provisto de una carta de un conocido obispo de Kazán, acudió a visitar al rector del Seminario Teológico de San Petersburgo. Este le presentó a su vez al colega que lo sucedería en el puesto, el archimandrita Feofán (Teófanos), un teólogo señero y de gran influencia en la capital y la corte. Feofán, que no era un prelado arrogante, era de la opinión de que la iglesia ortodoxa rusa necesitaba promover y animar a los santones del campesinado. Así pues, interpretó que aquel peregrino tan particular era una respuesta del cielo».

«El hecho de que Rasputín supiera impresionar muy favorablemente a las figuras del mundo eclesiástico resulta especialmente llamativo si uno tiene en cuenta las descripciones de sus maneras. Tendía a seguir el flujo de la conciencia y, mientras jugueteaba con la barba, saltaba de un tema a otro. Quizá el efecto procedía de la intensidad de su mirada, sumada a la intensa emoción espiritual que conjuraba. Sin embargo, su mayor don parece haber sido la capacidad de reconocer el carácter de las personas que tenía delante, hasta el punto de que estas acababan teniendo la impresión de que el campesino les había leído la mente. Feofán, que gozaba de la confianza de la princesa Mílitsa, le presentó a Rasputín; esta a su vez lo introdujo tanto ante su hermana Stana como ante Nikolasha, el gran duque Nikolái Nikoláyevich. A partir de aquí, que subiera el último peldaño hasta hallarse en presencia del autócrata supremo y de la emperatriz era ya tan solo una cuestión de tiempo».

Dentro de la corte

«Una vez que había logrado trabar conocimiento con el zar y la zarina, Rasputín no perdió el tiempo. Cuatro días después volvió a escribir al soberano: "Cuando un consejo procede de Dios, el alma se alegra con un gozo genuino, pero si es rígido y formal, el alma se entristece y la cabeza se confunde". Estaba dando a entender que Nicolás debía escucharle a él, a Grigori, como "hombre de Dios" y también como la voz del pueblo, más que seguir el asesoramiento "rígido y formal" de sus ministros y funcionarios. "Que nadie desdeñe nuestras palabras sencillas", añadió como puntilla. Llama la atención que esta instrucción velada se produjera antes incluso de que la zarina lo llamara en ayuda de su hijo, el heredero, que padecía hemofilia».

«Pocos días más tarde [de la inauguración de la Primera Duma de representantes y la firma del Manifiesto de octubre de 1905 con la que Rusia que avanzaba hacia una monarquía constitucional, forzado por la humillante derrota en la guerra contra Japón] el Zar de Todas las Rusias recibió un telegrama de Grigori Yefimovich Rasputín. "¡Zar padrecito! —decía—: Habiendo venido desde Siberia hasta esta ciudad, quisiera entregarte un icono del bendito san Simeón de Verjoturie, el milagroso, a quien tanto se venera entre nosotros. Tengo fe en que el Santo te preservará durante todos los días de tu vida y te ayudará en tu servicio al bien y la felicidad de tus devotos hijos." El 1 de noviembre de 1905, las hermanas montenegrinas invitaron al zar y la zarina para que conocieran a Rasputín. Aquella noche Nicolás escribió en su diario: "Hemos tomado el

té con Mílitza y Stana. Hemos conocido a un hombre de Dios, a Grigori, de la región de Tobolsk". La emperatriz estaba a punto de encontrar al sucesor de Monsieur Philippe [su anterior gurú], según este le había prometido».

«En ocasiones Rasputín se presentaba tan solo como Grigori Yefímovich Nóvyi, renunciando por completo al apellido original, probablemente porque este sonaba parecido a rasputnyi, que significaba "lascivo". En cualquier caso, es obvio que a su hija le contó una historia muy distinta, puesto que cuando más adelante fue interrogada por las autoridades del Ejército Blanco (en Siberia, en 1919), ella se mostró convencida de que el cambio había sido una imposición del zar [...].

En su correspondencia privada el zar y la zarina nunca hicieron referencia a Rasputín con este nombre, sino con el de "Nuestro Amigo", como ya habían hecho con Philippe. Delante de terceros no era raro que usaran el sintagma "Padre Grigori", aunque él nunca se había ordenado sacerdote. Como era de prever, varios eclesiásticos se irritaban con esta costumbre. Por su parte Rasputín no tardó en dirigirse a la pareja imperial como "papá" y "mamá", versiones sumamente familiares de los apelativos "padre de la nación" y "madre de la nación" (*batiushka* y *matushka*)».

«El arzobispo Feofán presentó al "nuevo" Rasputín a varias de las grandes casas y familias de San Petersburgo, donde el siberiano obtuvo un éxito desigual. Muchas mujeres se sentían fascinadas por él, casi hasta el extremo de rendirse a sus pies, y la mayoría de los hombres tendía a reaccionar negativamente. Esto se debía en gran medida a que se abstenía por sistema de cumplir con las normas de conducta de la sociedad cortés. Ya hablara con una princesa o con una criada, se dirigía a todo el mundo con el pronombre informal, *ty* («tú»). Cuando conocía a alguien lo abrazaba y besaba, y encantaba a algunas personas —y horrorizaba a otras— con sus maneras campesinas y sus preguntas desvergonzadamente directas. Su presencia afectaba sin duda la compostura de las mujeres más devotas, pronto apodadas *les Rasputinières*. Algunas grandes damas se ofrecían voluntarias para cortarle las uñas y pedían luego a su sastre que cosieran los recortes a sus trajes, como una especie de talismán sagrado».

¡Milagro!

«Aquel invierno, cuando Rasputín estaba de nuevo en San Petersburgo, el zarévich Alekséi —que a la sazón contaba tres años— cayó y se hirió en la pierna. Una hemorragia interna le inflamó la extremidad y le provocó un dolor intenso. Los médicos de la corte admitieron que no podían hacer nada al respecto. Entonces la emperatriz llamó por teléfono a Rasputín y le rogó que acudiera de inmediato a Krásnoye Seló. Rasputín acudió y le hicieron pasar al dormitorio de Alekséi, donde se puso a rezar al pie de la cama. Olga, la hermana del zar, visitó al chiquillo y se asombró al encontrárselo sentado en el lecho, sin fiebre y con menos inflamación. Antes de partir se contaba que Rasputín les había dicho a los padres: "Tranquilos, vuestro hijo vivirá y cuando alcance la edad de veinte años su enfermedad desaparecerá sin dejar rastro". Si en efecto hizo tal predicción, fue trágicamente imprecisa. Pero la espectacular recuperación del pequeño convenció a la emperatriz de que, sin lugar a dudas, Rasputín era un santo. ¡Había obrado un milagro ante sus propios ojos!».

«Rasputín siempre esquivaba las preguntas sobre cómo efectuaba sus curaciones. La emperatriz, que estaba desesperada, creía que sus oraciones eran tan poderosas que Dios había intervenido de forma directa. Los médicos de la corte, por el contrario, llegaron a la conclusión —más probable— de que su voz y su presencia reconfortante

habían calmado al zarévich hasta el punto de que la presión sanguínea se redujo y la dolorosa inflamación pudo remitir. Claro está que esto no explicaría los milagros efectuados a gran distancia».

«Toda idea de una curación telepática habría dependido por completo de la autosugestión, lo que en este caso habría supuesto que, de alguna manera, la emperatriz había transmitido su fe en Rasputín al zarévich inconsciente».

«La zarina se abandonó a él, en lo espiritual, convencida de que su capacidad de sanar era un indicio de su proximidad con Dios. No es menos cierto que Rasputín —según observó el tutor de la familia, Pierre Gilliard— “tras comprender que le era necesario asociar su vida a la del zarévich, se aprovechó de la desesperación que colmaba el alma de la emperatriz”. El hecho de que se le supusiera un simple campesino le confería autenticidad, a juicio de ella, al integrarlo en la tradición de santos humildes que emergían del pueblo ruso».

Furor sexual

«A veces contrataba a dos prostitutas para la misma noche, aunque, según descubrió la policía al entrevistar a varias de ellas, no siempre copulaban; a veces les pedía que se desnudaran y las observaba en cueros. Hoy resulta imposible saber si esto aún formaba parte de su empeño por controlar sus propios deseos. Con bastante frecuencia se había embriagado y, por lo tanto, quizá era incapaz de cumplir en la cama. 19 En todo caso, su esposa, la asombrosa Praskovia, no se dejó aturdir por sus actividades. Sencillamente se compadecía de él, convencida de que de veras padecía de resultas de la lujuria, con una idea parecida al concepto supuestamente sofócleo según el cual el varón de una especie está encadenado a la insania de su libido».

«Aunque era impulsivo y cambiaba radicalmente de estado de ánimo, Rasputín también tenía una actitud de mercaqueo con sus grandes damas, casi tanto como con las prostitutas; aunque como era de esperar, para disimular ese carácter transaccional recurría a la palabrería. Las damas acudían con peticiones en las que confiaban que él pudiera ser de ayuda o solicitaban su simpatía; él deseaba favores físicos. En palabras del general Spiridóvich, “las señoras que acudían a buscar su protección tenían que pasar con frecuencia al pequeño dormitorio de Rasputín para satisfacer el precio”. 10 Si se negaban, él respondía en ocasiones con enojo y afán de venganza; aunque si mostraban valor, también podía ser que las perdonara».

Un nuevo ídolo

«La desilusión de los partidarios de Rasputín con la iglesia ortodoxa, sumada a los rumores cada vez más habituales en San Petersburgo, atrajo a la prensa rusa en su forma más turbulenta y con frecuencia sensacionalista. Como no podía ser de otro modo, esto agravó la creciente paranoia de Rasputín. Un periodista que lo entrevistó en Tsaritsyn para *Rússkoye Slovo* escribió: “Hablé con algunas visitantes ocasionales que habían mantenido conversaciones *tête-à-tête* con el “santo sabio” Grigori. Se quejaban de que el Sabio tenía la costumbre de tocar a sus interlocutoras, abrazarlas por la cintura y apretarles los músculos [sic]. Mientras lo hacía iba repitiendo siempre: “¡Oh, tentación! ¡Oh, tentación!” [...]. Rasputín tuvo la escasa prudencia de terminar la entrevista diciendo: “Basta con que yo le diga una palabra a papá y todo se ejecuta”».

«El zar quedó horrorizado con estas informaciones periodísticas. La emperatriz se escandalizó aún más. Descartó reprochar a Rasputín que les hubiera facilitado las cosas y reclamó a los ministros del gobierno que clausuraran las cabeceras afectadas. Pero para poner sal en la herida, esto ya no estaba en su mano: las reformas derivadas del Manifiesto de octubre de 1905 —que ella detestaba— habían garantizado la libertad de prensa. El gobierno de Stolypin, a lo sumo, podía confiar en vetar que se mencionara a Rasputín. Pero entonces estalló otro escándalo: por San Petersburgo corría como la pólvora el rumor de que Rasputín había visitado a las hijas del zar de noche, en su dormitorio».

«Makárov, el nuevo ministro de Interior, se esforzó por convencer a los editores de que moderasen las críticas, pero la respuesta de estos fue clara: "Enviad a Rasputín a Siberia y dejaremos de escribir sobre él". El problema era que el *stárets* se había convertido en una figura a la vez controvertida y reconocible de inmediato. "Su fama, tanto si es merecida como si no, le sitúa en la diana. Los fotógrafos aficionados lo capturan con sus cámaras; los transeúntes, nobles o gente llana, se quedan mirándolo. Delante de cualquier casa en la que se aloje se formará una multitud que aguardará a que aparezca", se informaba en el *Stolíchnaya Molvá*. La misma cabecera publicó un artículo similar al cabo de muy poco más de un año que describe escenas similares de personas afanosas por atisbar algo de Rasputín "como si fuera Shaliapin", el cantante más famoso de la época».

«Todo intento de ensuciar el nombre de Rasputín resultaba contraproducente: simplemente convencía aún más a la emperatriz de que se trataba de un santo injustamente calumniado y perseguido, por puros celos y maldad. Cuando la zarina pensó que el Santísimo Sínodo se oponía a Rasputín, se limitó a afirmar: "La iglesia oficial siempre ha crucificado a sus profetas"».

«Lo más llamativo eran los cambios de estado de ánimo de Rasputín, que era muy voluble. El general Globachov contó que, en cierta ocasión, un Rasputín muy borracho lo había abrazado y le había dado un beso en la frente. Sin embargo, en cuanto tenía noticia de que lo habían llamado por teléfono desde Palacio, sabía ejercer tal autocontrol que de inmediato parecía estar totalmente sobrio. Globachov quedó impresionado por el modo en que le reveló aquella "fuerza de voluntad tan extraordinaria". La aparición de Anna Vyrubova surtía un efecto similar porque el *stárets* no quería que nadie le hablara a la emperatriz de su afición a la bebida. Consideraba que Anna era "una grabación de gramófono que él enviaba a la corte" porque sabía que ella correría a informar a la zarina con todo detalle».

Nuevos enemigos

«El archimandrita Feofán fue el primero de los rasputinianos que, desde el seno de la iglesia, le dio la espalda, después de diversas acusaciones de agresión sexual. Aunque Feofán echó las culpas a la corrupta influencia de la sociedad petersburguesa sobre el siberiano, se enojó porque Rasputín le había prometido corregirse, pero continuó asaltando a mujeres, con el argumento de que solo los pecados graves pueden guiarnos al arrepentimiento verdadero.»

«En marzo [de 1912, el presidente de la Duma], Guchkov lanzó un ataque franco contra el Sínodo, durante un debate sobre el presupuesto de la entidad. Era del todo

consciente de que los revolucionarios de la Duma —como por ejemplo Vladímir Bonch-Bruyévích, futuro secretario de Lenin— se alegraban de toda ocasión de aprovecharse “de la decadencia del viejo orden” [...]. Aun sin pretenderlo, Rasputín había empujado a la familia imperial a una lucha fatídica con quienes tal vez podrían haber supuesto su salvación: los conservadores moderados de la Duma».

«Durante esta estancia aparentemente idílica en Yalta, Rasputín desconocía que se hallaba en peligro. Sus enemigos del círculo del general Bogdanóvich incluían al más resuelto de todos: el gobernador general de Crimea, el general Iván Dumbadze. Poco después de la llegada del siberiano, Dumbadze envió un telegrama codificado a Stepán Beletski, jefe del departamento de policía: “Permítame libramme de Rasputín en la motora, mientras viaja de Sebastopol a Yalta”. Beletski se lo pasó de inmediato a Nikolái Maklakov, el ministro de Interior, quien hizo hincapié en que se ocuparía del asunto. Solo cabe suponer que Maklakov advirtió a Dumbadze en contra del asesinato, pues no se tuvo más noticia al respecto, pero se trataba de una indudable señal de que los ultraderechistas y los integrantes de las Centurias Negras creían que la única solución pasaba por asesinarlo. Hubo quejas ante el zar, que no dieron más fruto que hacer que la familia imperial se atrincherase en una posición todavía más defensiva».

Rasputín, apuñalado

«“¡Me ha apuñalado! ¡Me ha apuñalado!”». Rasputín pasó varias horas inconsciente, sin más remedio que un solo vendaje para frenar el sangrado; la familia casi lo dio por muerto [...]. Tres días después del apuñalamiento su condición se estabilizó lo suficiente como para poder llevarlo al hospital de Tiumén [...]. Las sospechas de Rasputín de que Iliodor Trufánov había incitado a Gúseva a atacarlo demostraron ser ciertas. En años posteriores el exhieromonje negó a veces toda implicación en el atentado, otras se jactó de lo contrario».

«En sus primeros años en San Petersburgo Rasputín había parecido situarse cerca de los eclesiásticos de la extrema derecha, como Iliodor el obispo Guermoguén, caracterizados ambos por su furioso antisemitismo. Pero Rasputín había cambiado: ahora se mostraba empático con los judíos, que no solo sufrían restricciones severas en la Zona de Asentamiento, sino también ataques directos en el marco de pogromos violentos [...]. Este experto en forjar redes, que manipulaba el mundo oficial por lo general mediante sobornos y adulaciones, más que como secretario actuaba como una especie de representante de Rasputín».

Escándalo y amenaza

«El mayor de los escándalos asociados con Rasputín estalló en agosto de 1915, aunque el supuesto incidente ocurrió casi tres meses antes [...]. Alguien hizo la broma de que en realidad él no era Rasputín y —según el informe— el stárets quiso demostrar que sí lo era. “La conducta de Rasputín llegó a una indecencia tan extrema que pasó a ser una psicopatía sexual. Dejó al desnudo sus órganos sexuales para seguir charlando en pelota picada con las mujeres que habían ido a cantar.” [...]

Se trata en lo esencial de una historia fabricada por Dzhunkovski, el viceministro de Interior, que detestaba a Rasputín y quería obligar al zar a desterrarlo [...]. Al parecer el zar le dio las gracias por su franqueza y le rogó que no hablara con nadie del asunto. Dzhunkovski le aseguró que así lo haría, pero en la práctica se apresuró a divulgar la

historia entre quienes también odiaban a Rasputín, entre ellos, el gran duque Dmitri Pávlovich».

Estalla la guerra

«Muchas voces han planteado la pregunta de si Rasputín —si hubiera podido hablar con el zar cara a cara, más aún con el apoyo de la emperatriz, que compartía sus miedos— habría sido capaz de convencerlo de que se negara a ordenar la movilización. ¿Podría haber salvado a Rusia de la guerra y, en consecuencia, también de la posterior revolución y la guerra civil, todo lo cual condujo además al ascenso del nazismo? Se trata de un contrafactual atractivo, desde luego, pero es sumamente improbable que el resultado hubiera sido distinto. Nicolás se oponía obstinadamente a atender cualquier consejo que, sobre tales cuestiones, le llegara desde el seno de la familia; y esto, en ese estadio, incluía también a su esposa. Además, estuvo convencido, hasta que fue ya irremediablemente tarde, de que podría evitar una guerra contra Alemania».

«Mientras Nicolás estaba realizando una amplia gira de revista de las tropas, la emperatriz le escribió largas cartas día tras día [...]. En ausencia del zar Rasputín se dedicaba a promover el miedo a que Nikolái formara parte de una conjuración que aspiraba a destronar al soberano y elevar en su lugar al gran duque».

«La única noticia positiva de aquel mes de mayo fue que Italia entraba en la guerra, en el bando de los Aliados. El zar, por supuesto, confiaba en que esto alejaría del Frente Ruso a varias divisiones austrohúngaras, en un momento en el que habían perdido ya a casi cuatro millones de hombres. Pero el hundimiento anímico que acabaría conduciendo a la revolución ya se había iniciado. Las colosales pérdidas de 1914 tuvieron como reemplazo a reservas sin formación, venidos directamente de la *opolchenie*, la milicia popular. El príncipe Kochubéi comentó que “sostienen los fusiles como los campesinos un rastrillo”. Estos batallones de infantes desafortunados, a los que faltaban fusiles, munición e incluso botas, eran objeto del desprecio de la artillería y la caballería, que los consideraban “ganado”».

«El zar reaccionó con lentitud a los nombramientos de su esposa y, cuando alguna sugerencia le parecía mal, simplemente hacía como si no la hubiera oído. Los nombramientos provinciales, que en muchos casos mostraban indicios de la implicación de Rasputín, eran aún más caprichosos. En 1915 se cambió a treinta y tres gobernadores; en los nueve primeros meses de 1916, a cuarenta y tres».

Símbolo de corrupción

«Todo el mundo parecía estar de acuerdo en una cosa: “Pues resulta que ha sido Grishka Rasputín quien ha convencido a Nicolás de que se ponga al frente del ejército —escribió Zinaída Guippius en su diario, el 4 de septiembre—. Bien, los pecados de Rusia deben ser muy grandes, si la copa del destino que le toca beber es tan amarga. Y todavía falta mucho, pero mucho que beber...”».

«El verdadero desafecto que se instaló en la capital y el resto del país se centraba en la corrupción, tanto económica como política; y Rasputín había pasado a simbolizar todo lo que estaba mal. Por supuesto estaba participando en otros muchos acuerdos

turbios, no pocos de ellos, todavía por venir; pero en la Duma y en la iglesia ortodoxa mucha gente había empezado a hacer referencia a “fuerzas oscuras” cuando preferían no utilizar su nombre expresamente».

«Rasputín, sabedor del poder que tenía sobre la familia imperial, se dio a la arrogancia: “Las niñas me quieren y el zarévich me quiere —se jactaba delante de Manasévich-Manúilov—. No pueden vivir sin mí, con independencia de lo que los ministros hagan o digan”. En ocasiones le gritaba al zar, pero no solo a él; también a la emperatriz y a Anna Vúrubova».

«Jvostov y Beletski también le pagaban a Rasputín sumas cuantiosas extraídas de los fondos reservados del ministerio de Interior. Con la intención de ocultar las transacciones, le daban el dinero en metálico al príncipe Andrónikov para que se lo pasara al *stárets*, pero el príncipe corrupto se lo quedaba casi todo. Jvostov, cuya ambición era demencial, no tardó en enojarse porque sospechaba que Rasputín no se esforzaba lo suficiente por elevarlo al cargo de primer ministro, en sustitución del decrepito príncipe Goremykin. Según era de esperar, no obstante, la emperatriz consideraba que Jvostov era demasiado joven e inexperto para esa función».

Revolución

«Lev Tijomírov, el exradical que se había convertido en reaccionario, había perdido la esperanza en Rusia: “Todas las figuras públicas están viviendo en el lujo, celebran fiestas, se alojan en los mejores hoteles, exhiben la riqueza y despilfarran el dinero de la manera más escandalosa ... Nuestra clase alta al completo, tanto la nobleza como los industriales, son depredadores sin la más mínima conciencia de sí ni ideales de ninguna clase. No hay energía en ningún lado, solo especulación descarada y una corrupción total. El estado de ánimo de los soldados es alarmante. Cuando acabe la guerra piensan “matar a los amos”, por decirlo con sus palabras, y apoderarse de sus tierras y propiedades”».

«La emperatriz se negó también a escuchar a su propia hermana, Ella, la gran duquesa Serguéi. El metropolitano Yevlogui le preguntó cómo podía explicarse que la emperatriz, siendo una persona culta, no comprendiera lo que estaba pasando. “¡No sé dónde le ve la “cultura”! ¡Si no entiende nada de nada!”, replicó la gran duquesa. El confesor del zar, el padre Shavelski, intentó abrir los ojos del soberano, que tampoco veía lo que estaba sucediendo. “El zar guardó silencio. Al día siguiente se pidió al padre espiritual del zar que no volviera a plantear tales preguntas nunca más, que no se entrometiera en los asuntos de la familia del zar y que no ensombreciera la soleada vida del zar con sus estúpidos chismorreos”».

«En la retaguardia, un cinismo profundo generó resignación. Cierta oficial Fedulenko, al regresar del frente, fue invitado a almorzar por su coronel. “A nuestro lado se sentaban dos oficiales de la Guardia —escribió—. Empezaron a hablar sobre Rasputín y lo que decían me dejó helado.” Estaban repitiendo chismorreos sobre la zarina y el *stárets*, y comentaron que el zar era un flojo. “Mientras yo volvía luego a Oranienbaum con mi coronel, le pregunté por qué se toleraba tal inmundicia, por qué no se había cortado a esos dos jóvenes en sus insultos al emperador. Hablaban en ruso, delante mismo de los sirvientes, que por lo tanto los podían entender.” El coronel hizo un gesto resignado con la mano. “¡Ay! Es que la caída ya ha comenzado. Nos aguarda una época de

espanto.” El doctor Kravkov, el destacado médico militar, no tenía dudas al respecto: “Sea cual sea el resultado de la guerra, habrá una revolución”».

Comienza la conspiración

«El 3 de noviembre Vasili Maklakov, abogado de civil y hermano de Nikolái, el exministro de Interior, pronunció un discurso en la Duma en el que también atacó con fuerza al gobierno. Al día siguiente el príncipe Féliks Yusúpov acudió a verlo a su despacho [...]. Yusúpov añadió que había visto que, en ocasiones, el emperador se escondía de Rasputín, literalmente; temía verlo porque era consciente de que no sería capaz de negarse a sus peticiones. “Pues mientras Rasputín esté con vida y esté trabajando en contra de vos —siguió diciendo Yusúpov—, estaréis inermes y en la Duma tan solo malgastaréis vuestra energía. Así pues tenéis únicamente dos opciones: o compráis a Rasputín para que esté de vuestra parte o lo matáis [...].

Yusúpov concluyó diciendo: “Si matan a Rasputín hoy, en dos semanas la emperatriz acabará en un frenopático. Su equilibrio espiritual depende por completo de Rasputín: sin él, se hundirá de inmediato. Y cuando el emperador se libre de la influencia de su esposa y de Rasputín, todo cambiará. Se convertirá en un buen monarca constitucional”. Al principio Maklakov no quedó muy convencido. La propuesta de Yusúpov le parecía ingenua. “El problema no era Rasputín, sino el régimen que hacía posible la influencia de Rasputín”, señaló”».

«Yusúpov no le contó a Maklakov que llevaba unos meses pensando en asesinar a Rasputín, desde principios de año. Rodzianko, el presidente de la Duma, le dijo: «La única posibilidad de salvarnos sería matar a ese desgraciado, pero no hay en toda Rusia un solo hombre que tenga el arrojo de hacerlo. Si yo no fuera tan viejo, lo haría yo mismo». Según Rodzianko, estas palabras le hicieron tomar una determinación. Bien podría ser cierto, pues resulta evidente que desde entonces aquel inmaduro malcriado estuvo fantaseando con el potencial heroico del papel. Ansiaba ser famoso, pero no solo: también deseaba dar un sentido a su existencia».

«Aunque Rasputín tenía fama de clarividente, es obvio que no captó en ningún caso cuál era el propósito de Yusúpov. Parece ser que le cogió un cariño genuino y pasó a tratarlo con gran familiaridad. Lo llamaba “el Pequeñín” y en varias ocasiones lo acompañó a ver a los cingaros (“los bohemios”, según los denominaba Yusúpov). Parecía impresionado por el hecho de que, a diferencia de la inmensa mayoría de quienes se arremolinaban a su alrededor, Yusúpov no le pedía nada».

«En todo caso Yusúpov no era la única persona que quería ver muerto a Rasputín. “Fueron muchas las veces en las que alguien quiso matarlo —refirió María, la hija del siberiano, cuando la interrogaron en 1919—. Recuerdo una ocasión en la que una señora se presentó en la sala de recepción de la Gorójoyaya. Mi padre se acercó y le dijo: “Bueno, venga, dámelo, dame lo que tienes en esa mano, en la derecha. Sé lo que tienes ahí”. La dama sacó la mano del manguito y le dio un revólver. Reconoció que había ido para matarlo, pero dijo que, cuando le miró a los ojos, se dio cuenta de su error”».

El asesinato

«El grupo de conspiradores apenas malgastó tiempo en debates sobre cuál sería el mejor modo de liquidar a Rasputín. Yusúpov ya había elaborado un medio infalible de atraer a Rasputín a la trampa: el anzuelo lo cebaría —con su belleza famosa— la gran duquesa Irina, esposa del propio Féliks y sobrina del zar, que estaba aún en Crimea. Yusúpov le dijo a Purishkévich que Rasputín ya había aceptado la invitación *avec délice* [“con deleite”]. Solo quedaban dos grandes decisiones: cómo matarlo y cómo deshacerse del cadáver. Optaron por el veneno porque el Palacio del Moika estaba demasiado cerca de una comisaría, lo que descartaba el uso de revólveres. Además, se necesitaría a un chófer. Purishkévich recomendó al oficial médico en jefe de su tren hospitalario, el doctor S.S. Lazovert, que era polaco».

«Yusúpov subió de nuevo a verlos. Ante Rasputín había fingido que intentaría averiguar por qué Irina se retrasaba. Purishkévich vio que su expresión revelaba confusión ni miedo. “Es una locura. Es que no me lo creo: se ha bebido dos vasos de vino envenenado y ha tomado varios de los pastelitos rosas, y quince minutos más tarde, no se nota el más mínimo efecto.” Al parecer nadie —tampoco el doctor Lazovert— tuvo en cuenta que quizá el cianuro que le había dado a Yusúpov era viejo y, con el paso del tiempo, se había debilitado. Otra posibilidad, que es casi seguro que ignoraban, era que el azúcar de los pasteles hubiera vuelto inocuo el veneno al convertirlo en cianhidrina».

«“Si no lo conseguimos con el veneno habrá que ir a por todas —insistió Purishkévich—. Bajemos todos o me enviáis a mí y yo lo liquido con mi Savage.” Yusúpov coincidió en que no les quedaba alternativa, aunque todo el plan se hubiera concebido para evitar el uso de armas de fuego [...]. “Grigori Yefímovich —sostiene que le dijo—, os convendría examinar bien ese crucifijo y pronunciar una oración.” Rasputín le miró y, por su expresión, empezó a comprender qué estaba a punto de ocurrir. Yusúpov le disparó al pecho y Rasputín se derrumbó sobre la blanca alfombra de piel de oso».

«Purishkévich oyó ruidos por debajo y, al poco, la voz de Yusúpov, que gritaba histérico: “¡Aún está vivo! ¡Se está escapando!”. Yusúpov subió las escaleras corriendo, hasta encontrarse con él. Estaba pálido como una estatua y con los ojos extremadamente abiertos por el pánico. Más adelante Yusúpov le contó que se había inclinado sobre Rasputín para tomarle el pulso y escuchar el corazón y no detectó signos de vida. Pero de pronto, en sus palabras, se sintió “sobresaltado hasta la médula” porque “Rasputín abrió despacio un ojo, luego el otro, y me lanzó una mirada de un odio y una tensión indescriptibles. Dijo “¡Féliks, Féliks, Féliks!” e intentó agarrarme”».

«Aquella noche la noticia de la muerte de Rasputín corrió por la capital, aunque todavía no se había encontrado el cuerpo. Las representaciones teatrales se interrumpieron con anuncios que fueron recibidos con vítores exaltados; en los restaurantes estallaron celebraciones con brindis por los asesinos y coreos espontáneos del himno nacional. En una cena militar organizada por el gran duque Ioann Konstantínovich, según contó un comensal, un joven oficial entró a toda prisa y saltó encima de la mesa, derribando los vasos [...]. En Kiev la emperatriz viuda reaccionó aseverando: “Alabado sea el Señor por haberse llevado a Rasputín... pero ahora nos aguardan problemas mucho más graves”».

La leyenda

«Según un integrante del Santísimo Sínodo, en los meses inmediatamente anteriores Rasputín había previsto su muerte y le había profetizado a la familia imperial: “Si yo muero o vosotros me abandonáis, antes de seis meses perderéis a vuestro hijo y la corona”».

«Incluso el destino del cadáver de Rasputín se convirtió en leyenda. De acuerdo con la siguiente historia, el 6 de marzo una banda de soldados borrachos desenterró el ataúd del siberiano, depositado en la iglesuela inacabada de Anna Vírubova en Tsárskoye Seló. No contentos con profanar la tumba, se cuenta que midieron su pene con un ladrillo. Luego el cadáver calcinado se llevó al ayuntamiento, donde se lo exhibió. Se arrancaron “reliquias” del cuerpo y del ataúd. Unos soldados lo trasladaron de nuevo cuatro días más tarde. Como las condiciones meteorológicas eran terribles y el camión se averió, los soldados se limitaron a empapar el cadáver de combustible y prenderle fuego, cerca de la carretera. En lo que respectaba a la opinión pública, Rasputín había dejado de existir. Pero al parecer, el hombre al que el príncipe Lvov —jefe del nuevo Gobierno Provisional— había encomendado ocuparse del cadáver, había dispuesto un rastro completamente falso. El cadáver se incineró en secreto en la sala de calderas del Instituto Politécnico de Petrogrado».

«En una lección que sigue siendo relevante para nuestro presente, la realidad del hundimiento de la dinastía fue quizá más prosaica, pero sus consecuencias no fueron menos destructivas. Las historias sobre la corrupción y las orgías dionisiacas de la cumbre del poder resultaron mucho más devastadoras de lo que nadie imaginaba en su momento. Quizá el rumor falso más destructivo fue —en una sociedad tan rígidamente patriarcal como aquella— el del zar cornudo. Interpretaron papeles propios, por un lado, la arrogancia y la terquedad, y por el otro, las exageraciones, calumnias y escándalos. Es casi seguro que una revolución derribará al régimen que pierda no solo la confianza de su pueblo, sino también la confianza en sí mismo. La idea de que el zar Nicolás se humillaba a los pies de una esposa mandona y de Rasputín, un campesino, acabó por hacer trizas la frágil autocracia de los Románov».

CRÍTICA

Para ampliar información, contactar con:

Laura Fabregat (Responsable de Comunicación Área Ensayo):
682 69 63 61 / lfabregat@planeta.es